

# UN TEATRO UNIVERSALMENTE PARTICULAR



# 1 Territorio escénico.  
Viaje al interior de la llanura

Sandra Franzen

En el Baviera de la Costanera, Las Cuartetas, Las Delicias, el Tokio, el Doria, el Castelar, y tantos otros bares de la ciudad de Santa Fe, se escribieron las obras del Equipo Teatro Llanura y también los sueños de trascendencia. Escenarios propicios para el encuentro: un café, un cigarrillo, la servilleta de papel donde se anotaban las ciudades que se iban a tocar en la gira, los títulos de las posibles obras, los nombres de los personajes y las fantasías. La realidad siempre se volvía ficción o al revés.

Rafa, Jorge, el Fica, Yiyo, Tere, el Gringo, Cristina, el Ángel, el Flaco Alberto, Daniel, el Negro Reyerros, Miguel, Mario, Walter, el Fede, Paulo, la Vero, Gladis, me escriben los recuerdos del Llanura. Y todo lo que diga acá no es más que mi experiencia hecha hoy una evocación de lo compartido, vivido y aprendido. Andamos rondando juntos por la peatonal San Martín, el Teatro Municipal, el Teatro de la Abadía, el Foro, la Marechal, el Puente Colgante, el diario *El Litoral*... Algunos vamos de personajes y otros de personas no más, habitamos los lugares y escribimos nuestras historias.

A partir del estreno de *El clásico binomio* (escrita e interpretada por Jorge Ricci y Rafael Bruza, y dirigida por Mauricio Kartun) en la Sala Mayor del Teatro Municipal de Santa Fe en agosto de 1988, el Equipo Teatro Llanura inauguró una poética propia, con un lenguaje genuino que, desde lo particular —que podríamos denominar un rescate de lo regional en tanto paisaje geográfico como espacio de construcción social y cultural—, cuenta un cuento universal, ese en el cual los públicos se encuentran, se espejan y se identifican.

Como dijo Peter Brook (1973): “pocos hombres hay tan libres como el dramaturgo, que puede llevar el mundo entero al escenario” (p. 46). Y el mundo entero para El Llanura era contar pequeñas historias de provincia, los fantasmas que siempre rondan, los sueños existenciales, el oficio del artista. A través del maratonista ciego, los tangueros que recorren las pensiones de la pequeña ciudad, el director de teatro que tiene la obra en



su cabeza, el ángel que se vuelve mujer, los actores que viajan en un zorra buscando la trama, los novatos que buscan al director en la Casa de los Cuervos, el fantasma del Tito rondando la peatonal inundada, Tere que regresa a hacer teatro a la ciudad de la cual la obligaron a irse; el bibliotecario perdido en el campo; Calandria, la enamorada solitaria, o Lino, el baquiano dueño de la chatita...

Mi primer contacto con un proceso creativo teatral fueron los ensayos de *Actores de provincia*, de Jorge, con dirección de Rafa. Y ahí aprendí casi todo, aunque en ese momento no lo sabía. Nos juntábamos en los galpones que estaban ubicados enfrente de las antiguas oficinas de Extensión Universitaria de la UNL. Era por julio de 1990, a la noche, bien tarde. El Fica Gattino y el Flaco Alberto venían desde San Francisco, provincia de Córdoba, a sumarse a la patriada junto al Yiyo, Cristina y Jorge: los cinco actores, personajes de la obra. Llevábamos mantas, mate y café para aguantar el húmedo frío santafesino que te calaba hasta los huesos. Ese espacio inhóspito de hierros abulonados y chapas de zinc se volvía un lugar creativo donde lo invisible se hacía visible. Allí nació la mítica zorrilla que transportaba los actores de provincia que viajaban por la pampa gringa adentro de la cabeza del Gordo y que recorrió escenarios nacionales, latinoamericanos y europeos circulando por los festivales más emblemáticos del panorama teatral internacional. Un director atormentado que, a lo Kantor, en un sinfín, en eso que parece que acaba pero que nunca llega al final y vuelve a rodar armando la trama de la obra, de los personajes, que es también la trama de los actores, personas, buscando la obra que contar, que no es otra que la que están contando. Un metateatro de la metafísica existencial. La celebrada obra que habla del oficio del actor de teatro de provincia, de lo imposible que se vuelve posible, de lo que sucede en un ensayo lugar —espacio legítimo del teatrista— que trasciende lo particular y lo ubica en un relato que nos convoca y nos ilumina. Estas y tantas

otras cosas sucedieron por esos días. No supe hasta muchos años después la dimensión de lo vivenciado.

Luego de esa experiencia, en la que los actores de provincia recorrieron escenarios nacionales e internacionales por casi diez años, llegaron otras obras: *El cruce de la pampa*, de Rafa, con dirección de Daniel Machado; *El encanto de las palabras*, igualmente de Rafa y con dirección de Jorge, en la que actué junto a Yiyo Novara y Cristina Domínguez; *El que quiere perpetuarse* y *Café de lobos*, ambas de Jorge con dirección de Rafa, en las que también participé como actriz.

En el año 2003, la ciudad de Santa Fe fue arrasada por el agua, sufrió una de las mayores catástrofes hídricas de su historia. El agua se llevó vidas, cosas materiales y también nuestros deseos. Pasaron algunos años hasta que pudimos reponernos y comenzamos a reunirnos con Rafa, Jorge y Mario (Pascullo) en mi pequeño departamento ubicado frente a la Plaza del Soldado. Trabajo en equipo como siempre: Jorge escribía; Rafa, Mario y yo sugeríamos, acompañábamos el proceso. Así comenzó la escritura de lo que luego sería la obra *La mirada en el agua*. Circunstancias de la vida y búsquedas personales hicieron que Rafa emigrara a Buenos Aires.

Nos quedamos con Jorge y Mario sintiéndonos un poco huérfanos y fantaseando cómo seguir. Mucho bar, café, cigarrillos y servilletas de papel, peines, y pañuelos en los ojos. Jorge quería actuar y yo dirigir, así que le propuse invitar a Teresa Istillarte y Eduardo Fessia para contar una historia que me rondaba por esos días: *La chatita empantanada*. Tres personajes solitarios, perdidos en la pampa gringa, que se encuentran para acompañarse y hacer un poco más linda la vida. La estrenamos en 2010 en la sala Maggi del Foro Cultural de la UNL y fue la puerta a la posibilidad para que luego yo dirigiera *La mirada en el agua*. Con este mismo elenco, la escenografía y diseño de iluminación de Mario, y la producción ejecutiva de Gladis Contreras, la estrenamos finalmente en el año 2013 en la sala Marechal del Teatro Municipal de Santa Fe.

La obra de Ricci cuenta la historia del reencuentro entre el legendario director de teatro de provincia, “El Gordo” (personaje *alter ego* de Jorge y que protagoniza la saga de sus textos: *Actores de provincia*, *Café de Lobos*, *La mirada en el agua* y *Con el agua al cuello*), y Tere, actriz con la que hizo sus primeros pasos y que retornó a la ciudad que la había expulsado allá por los años 70. A ellos los ronda el fantasma del Tito mientras recorren la peatonal San Martín contra la corriente, como artistas que son, y por última vez antes de que el agua lo borre todo. En ese recorrido, uno de los lugares en los que los personajes (actores) se detienen es precisamente el Teatro Municipal. Esta circunstancia hace que los empleados del teatro vengan a ver, a “espiar” la obra cada noche porque se sienten homenajeados

Fuimos muchas y muchos quienes formamos parte del Equipo Teatro Llanura a lo largo de sus casi 50 años de vida, pero sin lugar a dudas son Jorge y Rafa su carnadura, su esencia: el gordo y el flaco, el anarquista y el ordenado, el memorioso y el olvidadizo, el dubitativo y el seguro, el desprolijo y el coqueto, el desamorado y el cariñoso, y así hasta el infinito, siempre serán el clásico binomio.

como teatreros y como habitantes de esa pequeña ciudad que se sobrepone día a día a la devastación sufrida. Una vez más, se unen la ficción y realidad, la particularidad y la universalidad como lenguajes propios de la estética del grupo.

Fuimos muchas y muchos quienes formamos parte del Equipo Teatro Llanura a lo largo de sus casi 50 años de vida, pero sin lugar a dudas son Jorge y Rafa su carnadura, su esencia: el gordo y el flaco, el anarquista y el ordenado, el memorioso y el olvidadizo, el dubitativo y el seguro, el desprolijo y el coqueto, el desamorado y el cariñoso, y así hasta el infinito, siempre serán el clásico binomio.

Me siento una vez más a la mesa del bar del comienzo del relato, donde el humo del café se mezcla con el cigarrillo y con las obras fantaseadas: las que fueron escritas y las que aún soñamos llevar a escena. En este escenario o en algún otro, donde sea que nos reencontremos, al principio sin saber muy bien de qué va la cosa y al final como parte de un equipo que hizo historia.

### Referencia

Brook, P. (1973). *El espacio vacío. Arte y técnica del teatro*. Ediciones Península.

### Sandra Franzen

Dramaturga, directora, actriz, gestora cultural y abogada. Integró el Equipo Teatro Llanura de Santa Fe. Tiene escritas más de veinte obras por las que fue multipremiada. Dirigió en el Teatro Nacional Cervantes. Integró el directorio de Proteatro.

Para citar este artículo:

Franzen, S. (2022). Un teatro universalmente particular. *la boya, revista de artes escénicas*, 1 (1). Universidad Nacional del Litoral.

DOI: 10.14409/lb.1.1.e0004